

La chica de la tienda

Renata Alesi



Capítulo 1

Un día, mientras caminaba con mi estimada amiga Anna, le contaba mi experiencia divertidísima con el ex novio furioso de una de mis «amigas», a la vez pensaba en la apetitosa rasposidad de una coca.

–Pues vamos por una, yo disparo —dijo.

–¡Va~! —dije yo.

Caminamos hacia la última tienda de la colonia. La chica que atendía estaba sentada, al mirarnos nos preguntó:

–¿Qué van a querer?

–Me das una coca y... ¿quieres otra cosa? —me preguntó mi amiga.

–No... —mientras tanto yo observaba a la chica. Era una morrilla de dieciséis años, aproximadamente. Nos miraba expectante.

–Una coca y unos Runners, por favor. —completó.

La chica fue por el pedido, Anna me observaba con picardía, pero no dijo nada hasta que nos fuimos.

–Gracias. —le dijimos a la chica. Nos alejamos de la tienda, mi estimada me miró y preguntó:

–¿Te gustó? —sonrió

–Un leve...

–¿Qué te haces pendejo? Te gustó.

–Sí, está bien, me gustó.

–Pues sobres. Ya llevas un tiempito con tu soltería y eso de puro coger y coger te está gastando.

–¡Já! ¿Crees que me gasta? Tengo mucho que ofrecer y ellas tienen mucho que ofrecerme. Además ella está morra.

–¡Calla! Patán. En primera, «para el amor no hay edad», decías cuando te enamoraste de Sarahí. En segunda, estar entre diversas piernas te destroza, no físicamente pues seguro lo disfrutas, te aniquila por dentro...

lo sabes.

—No me recuerdes a Sarahí. Eran otros tiempos. Y... meh. —pinche Anna, sabía dónde tirar el golpe.

A partir de ese día comencé a ir exclusivamente a esa tienda. Hasta me ofrecía a ir si mi madre necesitaba queso, jamón, crema o lo que fuera, eso sí, me tardaba un chingo en volver y me regañaban, pero valía la pena. A veces estaba, otras se ocultaba por días privándome de su voz y su rostro. No había de otra, sus padres me atendían, regresaba derrotado a casa mientras pensaba en su hija... En otra ocasión, de nuevo con Anna, fuimos a comprar cáncer, por suerte la chica sin nombre estaba en la tienda. Mientras hablábamos hice reír a Anna y la jovencita, al mirarnos, sonrió. Por primera vez la vi sonriendo. «Ya fue», pensé, ya era más que interés. Nos alejamos y nos sentamos en la banqueta, fuera de la casa de Anna.

—Hey, te investigué algunas cosillas. —Me dijo Anna con su sonrisa característica.

—Hija de la chingada.

—Ya, mejor agradéceme. Su nombre es Lilián.

—¿Liliana?

—No, Lilián —rió. —tiene diecisiete años, casi recién cumplidos. No te diré su cumpleaños, ese lo debes de investigar tú.

—Maldita.

—Es agradable. Intenta hablarle, estoy segura que no te abrirá.

—No le dijiste que...

—No le dije nada de ti.

—Más vale. —terminé de fumar mi cigarrillo. —No debe saber.

—«El que no arriesga se estanca», decía un viejo amigo.

—¿Te gusta restregarme mi pasado?

—Antes eras chévere, pero está bien, tú ganas. Haz lo que quieras, respetaré tus movimientos o ausencia de ellos.

Pinche Anna, siempre ella. Nuestra amistad ya llevaba algunos años. Cuando la conocí, me enamoré instantáneamente, le llaman amor a

primera vista, pero nunca me atreví a tomar la iniciativa. Un día —no sé cómo ni por qué —le confesé que en el pasado me gustaba. Ella dijo que yo igual le gustaba, desde ese momento odié mi falta de valor. Pudimos ser, pero nos quedamos en el «no ser». Así la vida, fue ahí donde comencé a usar el «el que no arriesga se estanca». Ahora, después de otros años, éramos panas, Best Friends Forever.

—Gracias por ayudarme, Anna. Intentaré hablarle.

—¿En serio?

—Sí, mañana mismo.

—¡Oh sí! Ya me contarás.

Al día siguiente me lo propuse. Salí de casa, caminé como si fuera a visitar a Anna, pues la tienda está a un lado de su casa. —Sí, Lilián era su vecina —Pensaba en las probabilidades, quizá no estaría, quizá estuvieran sus padres con ella, quizá me abriría como pollo, quizá me hablaría, quizá me correspondería. Pasó lo último.

Llegué, estaba ahí; sentada, como en otras ocasiones. Intentaba aplacar el aburrimiento con la televisión colgada en la esquina. No se dio cuenta de que yo estaba ahí detrás, observándola. Tenía diecisiete años y yo veintidós. ¿A su edad qué hacía? A los diecisiete años ya no era virgen, desde mucho antes no lo era, a su edad anduve con una betch que me rompió el corazón. A esa edad me alcoholizaba y drogaba con mis presudoamigos, pero ella... ella veía la televisión intentando matar la monotonía de atender una tienda. Por un momento dudé en hablarle, ¿qué hacía una sombra extraña intentando entrar en la vida de una inocente? Fue tarde, volteó.

—Ah —se puso de pie —¿Qué vas a llevar?

—Un Benson mentolado —seré estúpido.

—¿Qué más? —me dio el cigarrillo.

—Nada más. —le di el dinero. —Oye...

—Dime. —me miró fijamente

—¿Saldrías conmigo? —pregunté. No podría hacerlo de otra manera. Lilián se ruborizó, mantuvo una expresión de confusión muy graciosa.

—¿Salir?

—Oh sí, salir un rato a caminar. —puse en práctica lo que aprendí con las bitches, por un momento sentí más repulsión por mi ser, al ser tan directo con Lilián, como con las otras mujeres sin corazón. —Seré claro: me interesas y mucho. Quiero conocerte más.

—Gracias por la honestidad. Está bien, un día podemos salir. —respondió tranquila.

—¿En serio? ¿Te dejan? ¿No te incomoda?

—En serio. Sí, me dejan. No me incomoda, me gustaría entretenerme un rato. Se ve que eres agradable. Por lo poco que he visto, tu amiga y tú se la pasan bien.

—Oh, Anna. Sí. —Volteé hacia la casa de mi amiga —Entonces ¿Cuándo? ¿A dónde te gustaría ir?

—Qué te parece si primero salimos a caminar aquí en la colonia. Ya después veremos si vamos a otro lugar.

—Vale. ¿Mañana está bien? En la cisterna.

—Pasado mañana, en la cisterna

Nos vimos un miércoles a las tres, en la cisterna. Ese día llegué veinte minutos antes. Estaba nervioso. Pensaba en qué seguiría después, de qué le hablaría, ¿aceptaría volver a verme? Alguien se sentó a mi lado.

—Hola —dijo.

—¡Ah! —me había espantado. —Hola.

—¿Te espanté? Lo siento, vine desde atrás.

—No deberías venir de ahí, es peligroso.

—Me lo han dicho, procuraré hacerte caso. —Me miró curiosa. —¿Hoy no fumas?

—No tengo cigarros a la mano. Además no quería apestar e incomodarte.

—No me incomoda. —Sacó algo de su bolsa —Toma. Te lo obsequio.

Debo confesar que me impresionó mucho la simplicidad con la que me regaló un Benson. A la vez me dieron ganas de abrazarla, obviamente no lo hice. Le pregunté si fumaba, bebía o drogaba. A cada respuesta le dio

un «no». «¿Entonces?», pregunté.

—Algunos amigos lo hacen, por eso respeto sus decisiones, respeto los vicios ajenos. Cada quién hace de su vida un papalote.

Se me escapó una carcajada, le expliqué por qué. Hace un tiempo una novia —le dije que una amiga —me contó cuando sus padres le dijeron «¡Si quieres haz de tu vida un papalote, pero nunca lo vamos a soltar!». Lilián rió. Mientras la observaba sonreír, pensaba en el poder de la sonrisa. Sentí bienestar, me sentí pleno, más de lo que podía llenarme el sexo húmedo de alguna desconocida.

—A veces así son algunos padres. Por suerte lo único que me 'exigen' a mí es atender de vez en cuando la tienda. ¿Tú vives con tus dos padres?

—No, sólo con mi madre.

Así empezó a cuestionarme. Yo respondía todo ¡por Dios! Fui sincero con ella. Había olvidado cómo era hablar con otro humano, —que no fuera Anna. —normalmente disfrutaba del silencio previo o posterior de cada encuentro con alguna compañera sexual. Me había acostumbrado a los gemidos y a las respiraciones entrecortadas, pero ahora escuchaba la voz de una chica, no sólo para decir «me voy a venir». No, ahora me preguntaban por mí, sonreían para mí. Por fin escuchaba mi propia voz. Encendí mi cigarrillo. Me alejé un poco de ella.

—¿Qué te dijeron tus padres?

—«Con cuidado», nada más. No les he dado motivos para dudar de mí y espero no hacerlo.

—Que chido. Supongo es agradable mantener una relación estable con la familia. —me miró, adivinando que mi relación familiar era un asco.

—Lo es. ¿Estudias?

—Sí, estudio Letras hispánicas. Ahora estoy de vacaciones.

—Órale. Apuesto a que te han dicho «morirás de hambre».

—Le atinaste. ¿Tú en qué vas? ¿Qué deseas estudiar?

—Entraré a mi último año de preparatoria. Quiero entrar a Estudios Latinoamericanos.

—¿¡En serio!?! Me caes mejor. —sonreí. Aunque estudiara Derecho me

seguiría agradando. —Échale ganas, verás que te quedas.

—Lo tengo fijo en mente. Sí o sí.

A las seis, tras dar una vuelta por la colonia nos despedimos, debía trabajar un rato en la tienda. Quedamos de vernos otro día.

Esa misma semana me visitó Anna y me preguntó cómo había estado la onda. Le conté y se emocionó. Parecíamos viejas gordas echando el chisme.

—Entonces, es callada, tímida e inocente y tiene la mirad... —la empujé con el hombro —¡Oye! No es mi culpa que tenga diecisiete años.

—Eres una castrosa. —reíamos los dos. Era divertido en el momento... Aún lo recuerdo.

Después vi a Lilián, más de una vez, incluso fuera de la colonia. Visitamos parques, museos, incluso ella me llevó a otros lugares, lugares que me quería compartir. También supe que no era el único enamorado; ella igual lo estaba. Lo recuerdo aún. El tiempo pasó, destruyendo todo, no sólo él, también yo, también ella.

—R.A. —